Globethics Repository



Fuera de la cual no se enseña otra cosa que apariencias y palabrería [Out of which nothing is taught that appearances and verbiage]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Beros, Daniel C.
Publisher	Instituto Universitario ISEDET
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-11-14 05:52:19
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/154897

Cuadernos de Teología
Vol. XXX, 2011, p. 45-52

Fuera de la cual no se enseña otra cosa que apariencias y palabrería. Algunas consideraciones sobre el significado de la herencia de la Reforma en América Latina[1]

Daniel C. Beros

Resumen

El artículo se propone mostrar el modo en que Martín Lutero formula la cuestión de una epistemología teológica en el marco de su Comentario al Magníficat de 1520/21, en que el Reformador realiza una interpretación del Evangelio en clave de su *theologia crucis*. Preguntando por las consecuencias que su enfoque puede tener para la misión de la Iglesia en general y para la reflexión teológica en particular, plantea que el mismo representa una perspectiva central con respecto al significado de la herencia de la Reforma en el contexto latinoamericano.

Palabras clave: Epistemología teológica. Martín Lutero. Misión de la Iglesia. Teología Latinoamericana.

"*Crux sola est nostra theologia*" (WA 5, 176, 32s.)
"*Sola experientia facit theologum*" (WA TR 1, 16, 13 [46])

Introducción

En su comentario al "Magníficat" (Lc 1,46-55), de 1521, Martín Lutero expuso los principios fundamentales que han de regir el ejercicio de la responsabilidad política de un gobernante cristiano. Para Lutero, la cuestión decisiva al respecto es la del *auténtico conocimiento de Dios y sus obras* – de ello depende todo. En el presente trabajo nos proponemos describir el planteo del Reformador con respecto a esa cuestión fundamental en el marco de su comentario. La finalidad es preguntar por algunas de sus posibles consecuencias, tanto para la misión de la Iglesia como para el modo de hacer teología en el seno de la misma. Con ello ofrecemos nuestra visión de lo que puede significar la herencia de la Reforma en nuestro contexto latinoamericano, concentrándonos en la que a nuestro juicio es una de sus perspectivas centrales.

[1] El artículo recoge en lo fundamental el contenido de una ponencia sobre "El significado de la herencia de la Reforma en América Latina" realizada en el primer seminario de intercambio y estudio entre pastores y pastoras de la Iglesia Evangélica del Río de la Plata y la Iglesia Evangélica Regional de Westfalia (Alemania), que tuvo lugar en Buenos Aires del 18 al 25 de marzo de 2011.

1) Breve ubicación del contexto histórico del texto

El 15 de junio de 1520 fue publicada la bula papal "*Exsurge Domini*", en la que se amenazaba al monje agustino y profesor de teología Martín Lutero con la excomunión.[2] Con ello la causa en torno a Lutero daba un salto cualitativo, a partir del cual se configuraba un cuadro institucional que ponía en peligro la existencia misma del acusado como hereje y buscaba detener y suprimir el movimiento desarrollado en torno a su persona y mensaje. En esa situación extremadamente delicada, el joven príncipe sajón Juan Federico tomó la iniciativa de manifestar su apoyo explícito a Lutero dirigiendo una carta a su tío, el príncipe elector de Sajonia. Como respuesta agradecida al gesto del príncipe, que se presentaba como sucesor al trono de Sajonia, Lutero decidió dedicarle un comentario al Magníficat, en el que comenzó a trabajar en noviembre de 1520.[3] Dicho comentario – elaborado en tiempos de máxima exacerbación del conflicto en torno a su persona: 10.12.1520, quema pública de la bula papal frente al "*Elstertor*" en Wittenberg; 3.1.1521, publicación de la bula de excomunión definitiva "*Decet Romanum Pontificem*"; 16-26.4.1521, presentación de Lutero en la Dieta Imperial de Worms y declaración de proscripción; desde mayo de 1521, resguardo de Lutero por parte del príncipe elector Federico de Sajonia en la *Wartburg* – se propone orientar al futuro mandatario en la tarea de asumir responsabilidad política a partir de la fe. Con ello Lutero coloca al joven noble frente a un "espejo de príncipes" *(Führstenspiegel*), en el que se manifiesta en toda su fuerza su interpretación del texto del evangelio en clave de su *theologia crucis*. El escrito, interrumpido en varias ocasiones, fue terminado en junio de 1521 y editado en Wittenberg en septiembre del mismo año.[4]

2) El auténtico conocimiento de Dios en el comentario al Magníficat

Una primera indicación importante con respecto al tema en cuestión la encontramos en el prefacio introductorio, donde Lutero enfatiza que el canto de María brota de su propia experiencia. Ella ciertamente no es producto de haber hecho a Dios y sus obras objeto de observación desde una posición segura y dominante, por fuera de la historia. María da cuenta de una historia viva, en la que se encuentra involucrada personal y existencialmente, por haber sido incluida en ella. Su testimonio se debe no a su propia iniciativa, sino a la iniciativa de Aquel que ha iniciado y mantiene esa historia en movimiento: Dios mismo. Lo que María proclama y canta acerca de Dios y su Palabra lo ha recibido al experimentar el obrar del Espíritu Santo en ella: "…Mediante esta experiencia el Espíritu Santo nos alecciona, como si se tratase de su escuela, fuera de la cual no se enseña otra cosa que apariencias y palabrería…".[5]

La primera conclusión que podemos sacar de lo dicho es que un testimonio auténtico acerca de Dios y su Palabra nace de una determinada "*experiencia*". Para precisar qué clase de experiencia es

[2] Para lo que sigue ver: Thomas Kaufmann, *Geschichte der Reformation*, Francfort del Meno y Leipzig, Verlag der Weltreligionen (Insel), 2009, p. 160ss.

[3] Ver los comentarios introductorios a las ediciones del cometario al Magníficat de Eberhard Leppin, en: „Das Magnificat, verdeutscht und ausgelegt 1521", en: Karin Bornkamm/Gerhard Ebeling (Eds), *Martin Luther – Ausgewählte Schriften* (Zweiter Band), Francfort del Meno, Insel, 1995, p. 115, y Wesley J. Fuerst, en: "El Magníficat 1521 – Introducción", en: *Obras de Martín Lutero* (Tomo VI), Buenos Aires, El Escudo/La Aurora, 1979, p. 373-375.

[4] Una interpretación exhaustiva del comentario al Magníficat de Lutero la ofrece Christoph Burger, *Marias Lied in Luthers Deutung – Der Kommentar zum Magnificat (Lk 1, 46b-55) aus den Jahren 1520/21*, Tubinga, Mohr Siebeck, 2007.

[5] "El Magnificat -1521", en: *Obras de Martín Lutero* (Tomo VI), Buenos Aires, El Escudo/La Aurora, 1979, p. 380.

aquella a que da lugar el obrar del Espíritu Santo es necesario prestar atención a lo que "aprende" María en ella. Al respecto Lutero señala que, al obrar en ella tan grandes cosas a pesar de ser pequeña e insignificante, pobre y despreciada, María aprende "…que Dios es un Señor cuyas acciones no son otra cosa que ensalzar lo humilde y abatir lo alto, es decir, en pocas palabras, romper lo que está hecho y rehacer lo que está roto…".[6] Esa es la característica esencial del obrar salvífico-creador de Dios, que María reconoce en su propia existencia:

> "…que [Dios] hace de lo que es nada, de lo insignificante, de lo despreciado, de lo desgraciado y de lo muerto algo que es apreciado, honorable, afortunado y viviente. En cambio, reduce a la nada todo lo apreciado, honorable, afortunado y viviente, volviéndolo insignificante, despreciado, desgraciado y mortecino…".[7]

Así obró a través de Jesús, en toda su vida y radicalmente al resucitarlo de entre los muertos, así obró al crear el mundo de la nada, así obra en la historia hasta el fin de los tiempos – así obra también en la existencia de los suyos, en la experiencia de la fe, a través de la que es reconocido como ese Señor y Dios. Dicha experiencia – y esto es lo segundo que podemos concluir a partir de lo observado – es "*cruciforme*", porque tiene origen en el obrar de Dios, cuya realización paradigmática fundamental tuvo lugar en la Cruz de Jesucristo. Utilizando terminología paulina podríamos decir que en ella tiene lugar el ser crucificado juntamente con Cristo (cf. Ro 6).

Ahora bien, esa experiencia integral puede ser vista desde su aspecto "interno" y desde su aspecto "externo". En relación a nuestro tema el aspecto interno de la experiencia cruciforme debe ser descripto – recurriendo nuevamente al acervo paulino – como la "muerte" del "hombre viejo" con su "juicio" y "mirada",[8] que busca a Dios en lo alto, en el poder y en la gloria; y el "nacimiento" del "hombre nuevo", que, recibiendo y aceptando el "juicio" y "ver" de Dios,[9] lo encuentra en lo bajo, en la debilidad, en la cruz. Así la fe descubre al Dios misericordioso y solidario con los pobres, oprimidos y sufrientes, dejándose conducir por el Espíritu de Dios – en su aspecto externo – en un mismo camino de abajamiento, misericordia y solidaridad junto a ellos: "…A Dios lo conoce debidamente el que sabe que Dios pone los ojos en los humildes…[10] De este conocimiento nace el amor y la confianza en Dios, a quien el hombre se entrega gustosamente y le obedece…".[11]

---

[6] Ibídem.
[7] Ibídem.
[8] En otro contexto, comentando el verso *"Y su misericordia dura de una generación a otra en aquellos que le temen",* Lutero afirma: "…Esta es, pues, la primera obra de Dios: tiene misericordia de todos los que renuncian gustosamente a su opinión, derecho, sabiduría y de todos los bienes espirituales, estando dispuestos a seguir siendo pobres de espíritu…", Ibíd., p. 417.
[9] Siguiendo la lógica de su obrar se manifiesta el "ver" de Dios: sus ojos ven hacia la profundidad, no hacia lo alto: "…puesto que es el más excelso y no hay nada por encima de él, no puede mirar hacia arriba, por encima de él, ni tampoco a su alrededor, ya que no tiene igual. Es preciso que vuelva la vista hacia sí mismo y la dirija hacia abajo. Cuanto más bajo está alguien, tanto mejor lo ve…", Ibíd., p. 380. El mundo y los ojos de los hombres hacen lo contrario: miran hacia arriba. Según Lutero esto último se evidencia en la experiencia cotidiana, donde todo el mundo se esfuerza por alcanzar honor, poder, riqueza y una buena vida, es decir, todo lo que es grande y alto. A aquellos que poseen estas cosas todos se les acercan, los siguen, los quieren servir, para tomar parte en lo elevado. En cambio, hacia lo bajo, nadie quiere mirar: allí donde hay pobreza, oprobio, necesidad, miseria y angustia, todo el mundo quita la vista. De aquellos que sufren estas cosas todos se apartan y los abandonan, nadie piensa en ayudar, apoyar y levantar: "…No hay nadie entre los hombres que sea creador, el cual pueda hacer algo de la nada… Por eso sólo le queda a Dios poner su mirada en la profunda necesidad y miseria, y estar cerca de todos los que están en las profundidades…", Ibíd., p. 381.
[10] "Humildes" debe ser entendido como los insignificantes, los pobres, los despreciados. Cf. la precisión de Lutero con respecto a la palabra "*humilitas*", en: Ibíd, p. 394
[11] Ibíd, p. 397s. Afirmación realizada comentando el verso "*Porque ha puesto sus ojos en la insignificancia de su sierva*…"

Así pues, lo que podemos señalar en tercer lugar es que esa experiencia cruciforme, que tiene lugar a través del obrar del Espíritu de Dios, se manifiesta en *sufrir una transformación de la existencia que abarca tanto el entender como el obrar*. Esa dramática "metamorfosis" (cf. Ro 12,2), que *acontece por la fe y se realiza como seguimiento del Crucificado junto a los "crucificados"*, da lugar a un auténtico conocimiento y – consecuentemente – testimonio de Dios y su Palabra, cuyos frutos son el amor y la alabanza a Dios. En el comentario al Magníficat Lutero subraya que a Dios no se lo puede amar y alabar si no se lo conoce y que Dios

> "….no puede llegar a ser conocido sin que se nos manifieste por sus obras que hemos sentido y experimentado. Pero cuando experimentamos que él es un Dios que mira a las profundidades y ayuda sólo a los pobres, despreciados, desamparados, desgraciados y abandonados y a los que nada son, entonces se nos muestra en todo su profundo amor, y nuestro corazón desborda de alegría, brinca y salta por el gran favor que se le ha brindado en Dios. Y ahí está presente el Espíritu Santo, el cual nos ha enseñado en un instante, mediante la experiencia, esta arte y gozo desbordantes...".[12]

El reconocer ese modo de actuar de Dios en la historia y en la existencia de los suyos sólo se revela a la experiencia de la fe. Lutero, comentando el pasaje "*Él ha ejercido la violencia con su brazo y ha dispersado a los soberbios en el ánimo de sus corazones"*, señala que la expresión "el brazo de Dios" en la Escritura hace referencia al propio poder de Dios por el que obra sin el medio de las criaturas. Mientras que cuando obra a través de la criatura, su acción es evidente y manifiesta, cuando obra a través de su propio brazo su acción es oculta y paradójica, ocurre bajo la apariencia de lo contrario, y es sólo accesible a la fe. Esa forma de obrar de Dios tiene lugar en las dos partes del mundo, entre los piadosos y los malvados:

> "…Priva de su fuerza a los buenos, permitiendo que sean oprimidos, de modo que todos piensan que están acabados, que han llegado a su fin. Pero precisamente en estos mismos está presente con su máxima fuerza, en forma oculta y secreta que ni aun lo sienten los que sufren la opresión, sino que lo creen. Allí está presente el pleno poder de Dios y todo su brazo. Donde termina el poder del hombre, allí entra el poder de Dios, si hay fe que lo espera. Si la opresión llega a su fin, se hace evidente qué fuerza estaba oculta en la debilidad. Fíjate, así se volvió débil Cristo en la cruz, y allí mismo ejerció su gran poder, venció el pecado, el mundo, la muerte, el infierno, al diablo y todo mal. Así se hicieron fuertes y triunfaron todos los mártires. Del mismo modo vencen aún hoy todos los que sufren y son oprimidos…".[13]

Lo contrario ocurre con los soberbios y los opresores, a quienes primeramente Dios los deja engreírse en su propia fuerza retirando al mismo tiempo la suya. Cuando la "burbuja" se llena, están seguros de sí mismos y piensan que ganaron, ahí se las "pincha" y todo se acaba: "…Los necios ignoran que en su misma exaltación y en el acrecentamiento de su poder, Dios los ha abandonado y su brazo no está con ellos. Por eso su fortuna decae un tiempo, después desaparece, como una burbuja, y se vuelve como si nunca hubiera existido…".[14] Lutero se queja amargamente de que es por culpa de la falta de fe que no se ve a la misericordia obrar en los temerosos de Dios y al brazo de Dios dirigirse contra los soberbios. Si no se siente nada, se cree que todo está perdido, como si la gracia y la misericordia de Dios se hubieran apartado y el brazo de Dios se dirigiera en contra. Eso es por no conocer las obras propias de Dios, por lo cual a su vez no se lo conoce a él, ni a su

[12] Ibíd., p. 381.
[13] Ibíd., p. 419.
[14] Ibídem.

misericordia ni a su brazo, "…puesto que deben y quieren ser conocidos por la fe. Por eso, los sentidos y la razón deben estar cerrados. Su ojo nos escandaliza...".[15]

El recto conocimiento de Dios – insistimos una vez más – nace de la experiencia de la fe, que tiene su "matriz" fundamental en el obrar cruciforme de Dios. Lo observado anteriormente nos permite hacer una cuarta afirmación: la experiencia de la fe y el conocimiento de Dios que nace de ella *es una experiencia en contra de la experiencia y del conocimiento surgidos a partir de los sentidos y de la razón*, que les son motivo de permanente *tentación* – tentación que pone a prueba radicalmente la autenticidad de la fe y del conocimiento de Dios, que viven de la pura confianza en la promesa de Dios, *extra se – in Christo*.[16] En medio del sufrimiento, de la injusticia y la opresión, esa ligazón es el fundamento de su vida y libertad para servir y para amar, para seguir esperando consolados en contra de toda esperanza (Ro 4,18).[17]

Antes de finalizar queremos llamar la atención sobre un aspecto que retoma y profundiza las cosas dichas hasta aquí sobre la experiencia de la fe en la que se da un auténtico conocimiento de Dios. Con respecto al pasaje "*Él ha saciado a los hambrientos con bienes y a los ricos los ha dejado sin nada"*, Lutero señala que la causa de que no podamos experimentar ni reconocer el obrar de Dios saciando a los hambrientos radica en la falta de fe, que se manifiesta en que siempre nos proveemos de bienes, de forma de no necesitar del obrar de Dios. El temor a padecer carencias esconde la verdadera raíz del mal: valorar más a los bienes temporales que a Dios, haciéndolos un ídolo en su lugar. Eso es lo que impide reconocer el obrar de Dios, sin lo cual tampoco hay salvación. Es por ello que:

> "…Hay que poner a prueba su palabra y lanzarse a la acción en base a ello. María no dice: `Ha colmado a los saciados ni ha exaltado a los encumbrados´, sino que manifiesta: `Colmó a los hambrientos y exaltó a los humillados´. Es preciso que llegues a tener hambre en medio de la necesidad, y experimentes hambre y necesidad, sin tener provisión ni auxilio en ti ni en los hombres, sino sólo en Dios, de suerte que la obra, imposible para los demás, sea solamente de él. Es necesario que no sólo pienses y hables de la humillación, sino que entres en ella y estés metido en ella. Debes estar privado de la ayuda de todos, para que sólo Dios pueda obrar; o por lo menos desearlo, y no eludirlo, si en los hechos no sucede así. Para eso somos cristianos y tenemos el evangelio – a fin de que por ello lleguemos a sufrir necesidad y humillación, y que de este modo también realice su obra en nosotros…".[18]

[15] Ibíd., p. 420.

[16] Aquí se manifiesta el carácter paradójico de la fe: ella es fruto del experimentar el obrar de Dios – un obrar que permanece libre e indisponible a la experiencia del creyente, lo cual hace a su existencia una existencia des-centrada, que tiene su centro de gravedad y sustento *fuera de sí*, en la "palabra de la cruz" (cf. 1 Cor 1, 18).

[17] Ejemplo de esa ligazón es la propia María. De allí que Lutero critique mordazmente a quienes ponen a María "en lo alto", porque así le roban a los creyentes su consoladora imagen y ejemplo de la gracia de Dios, a saber: que siendo ella un pobre, pequeño y despreciado ser humano, fue mirada por Dios con tanta bondad y bendición. Para Lutero *María es fuente de consuelo para los pobres, afligidos y oprimidos, que en ella pueden reconocer la misericordia que Dios mostró en alguien como ellos, y así confiar que el mismo Dios los ve y tiene misericordia de ellos*: "¿No te parece que no habrá cosa más agradable para ella que tú te acerques por medio de ella a Dios de la misma manera, y aprendas de ella a confiar y esperar en Dios, aun cuando seas despreciado y reducido a la nada; como quiera que sea, en la vida o en la muerte?", Ibíd., p. 402. *Esta cuestión es decisiva: que el testimonio de la fe de la iglesia, su conocimiento de Dios, si son auténticos, tienen su razón de ser en que a los pobres y sufrientes, a los oprimidos y excluidos no se les robe el consuelo y fortalecimiento que les vienen de Dios y que los soberbios y los opresores escuchen y reconozcan el juicio de ese mismo Dios.* Esa es la razón del cántico de María, el Magníficat: "…Con ella [con la palabra "Magníficat" – DB] María señala de qué tratará su cántico, a saber, de las grandes acciones y obras de Dios para fortalecer nuestra fe, para alentar a los humildes e infundir temor a los encumbrados de la tierra…", Ibíd., p, 386.

[18] Ibíd., p. 426.

Confiar y arriesgar a partir de la promesa de Dios o buscar seguridad en las criaturas; experimentar en cuerpo y alma su obrar en el seguimiento del Crucificado compartiendo la vida de los pobres y vilipendiados, con sus padecimientos y necesidades (¡no solo pensando y hablando de ello!); u obrar rindiéndole culto con temor y fascinación al dios de este tiempo, con su (tantas veces cristianísimo) "evangelio", que dice: "él ha colmado a los saciados, ha exaltado a los encumbrados" – en esa alternativa se juega aquello que da lugar a un conocimiento auténtico de Dios y a un testimonio auténtico del Evangelio en la perspectiva que se desprende del comentario al Magníficat, de Martín Lutero.

Sinteticemos ahora los aspectos que hemos destacado a lo largo de la exposición y que caracterizan la cuestión planteada como tema:

1. Un conocimiento auténtico y, consecuentemente, un testimonio auténtico acerca de Dios y su Palabra nace de una determinada "experiencia".
2. Dicha experiencia es "cruciforme", porque tiene origen en el obrar de Dios, cuya realización paradigmática fundamental tuvo lugar en la Cruz de Jesucristo
3. Esa experiencia cruciforme, que tiene lugar a través del obrar del Espíritu de Dios, se manifiesta en sufrir una transformación de la existencia que abarca tanto el entender como el obrar; acontece por la fe y se realiza como seguimiento del Crucificado junto a los "crucificados".
4. Ella es una experiencia en contra de la experiencia y del conocimiento surgido a partir de los sentidos y de la razón, que les son motivo de permanente tentación.
5. Dicha tentación pone a prueba radicalmente la autenticidad de la fe y del conocimiento de Dios, que viven de la pura confianza en la promesa de Dios, *extra se – in Christo*.

3) Algunas consecuencias

Antes de pasar a mencionar algunas posibles consecuencias de lo dicho en el párrafo anterior y como una forma de aproximarnos a la cuestión del significado de la herencia de la Reforma en nuestro contexto, nos gustaría señalar los más evidentes puntos de convergencia entre el enfoque expresado por el Reformador y algunos planteos propios de la teología latinoamericana de la liberación (TLL).

Sintetizando lo observado con respecto a la epistemología teológica de Lutero[19] en el comentario al Magníficat podríamos decir que el origen del conocimiento de Dios es Dios mismo, quien se revela a aquellos que experimentan, que "sufren" su obrar dejándose llevar por el camino por el que él los quiere conducir: el camino de la Cruz.[20] Creemos que el énfasis en que el conocimiento auténtico de

[19] Hemos tratado el mismo tema a partir de un análisis de las tesis teológicas de las "Disputación de Heidelberger". Ver Daniel Beros, "La Disputación de Heidelberg y su *theologia crucis* como gramática fundamental de la teología evangélica", en: *Cuadernos de Teología* Vol. XIX (2010).

[20] Lutero, meditando sobre el Salmo 32,8 (en sus "Siete salmos penitenciales" de 1517), parafrasea un diálogo entre Dios y el creyente: "…*Yo quiero darte entendimiento y quiero indicarte el camino, por el que tú debes andar*, sobre el que quiero conducirte. Tu me pides que te salve. No dejes que ello te pese: no me enseñes a mí, tampoco te enseñes a tí, confía en mí. Yo quiero ser para tí maestro suficiente. Yo te quiero dirijir por el camino sobre el que debes andar según mi agrado. A tí se te ocurre que todo está al revés si la cosa no va como tú piensas. Tu pensar es perjudicial para tí y para mí es un estorbo. La cosa no debe ir según tu entendimiento, sino más allá, por sobre tu entendimiento. Sumérjete en el no-entendimiento y yo te daré mi entendimiento. No-entendimiento es el recto entendimiento. No saber hacia dónde vas, eso es saber rectamente hacia dónde vas. Mi entendimiento te hace totalmente incapaz de entender. Así se fue Abraham de su patria y no sabía hacia dónde (Gn 12). Él se entregó a mi saber y abandonó su saber y llegó por el recto camino a recto fin. Mira, ese es el camino de la Cruz. A él tu no lo puedes encontrar, sino que yo te debo guiar, como a un ciego. Es por ello que tú no debes, no un ser humano, no una criatura (enseñarte a tí), sino yo, yo mismo

Dios solo es posible a partir de una determinada "experiencia" converge con aquello que la TLL sostiene al afirmar a *la obediencia y el seguimiento, a la praxis, como lugar teológico fundamental* – aquello que Gustavo Gutiérrez expresa al indicar que "nuestra metodología es… nuestra espiritualidad".[21]

Otro aspecto importante a señalar, que se relaciona estrechamente con el anterior, se refiere a aquello que es el contenido fundamental de lo que María "aprende" en su experiencia: qué clase de Señor es Dios a partir del reconocimiento de su modo característico y esencial de obrar: elevar lo que es bajo y abajar lo que es alto, quebrar lo hecho y hacer lo quebrado.[22] Aquí también encontramos una correspondencia profunda con una afirmación teológica central de la TLL*: la opción de Dios por los pobres y oprimidos, por las víctimas, así como su juicio categórico a los explotadores y opresores, a los victimarios, como expresión de su misericordia y su justicia*.

Finalmente cabría destacar *el alcance y significación política* del auténtico conocimiento de Dios, que consiste en que Dios – a través de la experiencia cruciforme de la fe – reine y gobierne la vida de los suyos, haciéndolos instrumentos de su justicia (cf. Ro 6,13).[23] Ello es así porque el Dios que se revela en la Palabra de la Cruz se constituye en un auténtico contraparte, que no se deja integrar/disolver en la economía de la "voluntad de poder" (de autoafirmación), que es expresión del pecado y la injusticia.[24] Con ello se establece la realidad política fundamental, en la que está originalmente contenido el reconocimiento y afirmación de la justicia que instituyen al otro/ a la otra, comenzando por los excluidos y las víctimas, como parte de una comunidad de vida y derecho.[25]

Dicho lo anterior, es momento de preguntarnos brevemente por las posibles consecuencias del planteo de Lutero para la misión de la Iglesia en general y para la tarea teológica en particular. Nos gustaría comenzar por una observación que hace el Reformador en su comentario, quejándose de la total desvirtuación del término servicio-a-Dios (*Gottesdienst*) en su medio, al que se lo asocia en primer lugar con el culto y la devoción externos. En relación a ello Lutero subraya que si no se

---

quiero mostrarte por medio de mi Espíritu y Palabra el camino por el que andar. No la obra que tú eliges, no el sufrimiento que tu imaginas, sino a aquello que venga a tí contra tu elegir, pensar y apetecer, allí sigue. Allí llamo yo, allí sé alumno, allí es tiempo. Tu maestro ha llegado allí… (…) *Yo te quiero guiar con mis ojos*…" Kurt Aland (Ed), *Luther Deutsch*. (Vol 5), Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 1983, p. 123s (cf. WA 18, 489). [cursivas en el original]

[21] Gustavo Gutiérrez, *Beber en su propio pozo*, Salamanca, Sígueme, 1985, p. 177

[22] Este obrar de Dios Lutero lo expresa en otro contexto como la distinción y relación entre *opus alienum* y *opus propium Dei*, entre ley y evangelio, lo cual se conecta a su vez con la obra de *la iustificatio impii sola gratia*.

[23] En el contexto concreto de su instrucción al futuro gobernante Lutero, iniciando su exposición señala la imperiosa necesidad de que un príncipe se ocupe con dedicación al estudio de la Sagrada Escritura. Ello es así porque: "...el bienestar de mucha gente depende de que tan grande príncipe, libre de toda autoafirmación, sea gobernado por la gracia de Dios. En cambio, si queda librado a su propio criterio y es gobernado sin mediar la gracia, esto redunda en perdición de muchos…", Ibíd., p. 378. Hacia el final de su comentario, dirigiéndose al príncipe, en vistas a su responsabilidad política, Lutero le encomienda la meditación del Magníficat y le advierte que en todos sus días de vida no debe temer a nada, ni al infierno mismo, tanto como a lo que María llama "la intención de sus corazones", pues ese es el más grande, próximo, poderoso y dañino enemigo de todos los hombres, ante todo de los gobernantes. Es por ello que lo invita a no dejar que otros oren por él, sino a presentarse él mismo ante Dios en oración, pidiéndole su auxilio a fin de gobernar para honra de Dios y el bien del pueblo, sin seguir la propia razón sino siendo Dios su razón ("No me dejes seguir mi razón, sino sé tú mi razón"). Lutero culmina su explicación proponiéndole al príncipe una oración pronunciada por Salomón. En la oración el rey le pide a Dios un "corazón que escuche" [traducción DB], "…(es decir, que se deja decir u obedece) para juzgar a tu pueblo y discernir entre lo bueno y lo malo", Ibíd., p. 436

[24] Cf. en la cita anterior la insistencia con que Lutero remite a aquel que está llamado a actuar políticamente a la realidad "externa" de la voluntad de Dios, "crucificando" así la propia voluntad

[25] Esa es justamente la praxis política de los justificados / de las justificadas, que ya no luchan desesperadamente "por lo suyo" sino que trabajan por la inclusión efectiva del otro / la otra, puesto que con la palabra del Evangelio, con la justicia de Dios, encontraron a Dios y a los hermanos.

aprende y se sufre el obrar de Dios[26] no habrá ni servicio a Dios, ni gracia, ni misericordia, ni Dios. Así pues, sufrir y aprender el obrar – cruciforme – de Dios es la experiencia decisiva, en la que el Espíritu Santo "…nos alecciona, como si se tratase de su escuela…".[27]

A la luz de esa enfática afirmación deberíamos considerar *qué clase de "experiencias" son las que alimentan y determinan nuestra predicación* (en el sentido amplio de la palabra) *y nuestro hacer teología* (en sentido estricto). Nos tenemos que dejar hacer la *pregunta crítica* de si las mismas no se caracterizan más o menos veladamente por ej. por una excesiva preocupación por la seguridad y el sustento institucional y personal – y entonces por un marcado "déficit" de experiencia en el sentido concreto en el que habla Lutero.[28] Si ello fuera así tendríamos que escuchar su inquietante sentencia en cuanto a que "…fuera [de esa experiencia] no se enseña otra cosa que apariencias y palabrería…".[29]

Es por ello que tanto con respecto a la misión de la Iglesia como a la tarea teológica la lectura que Lutero hace del Evangelio nos remiten a aquella "escuela de la experiencia" en la que somos llamados a sufrir el obrar "cruciforme" de Dios dejándonos llevar por él a compartir la vida y la lucha junto a nuestros hermanos y hermanas más pobres y violentados, para aprender junto a ellos a reconocerlo, amarlo y alabarlo. Con ello queda esbozado en su trazo fundamental cuál puede ser el significado de la herencia de la Reforma en nuestro contexto: *la proclamación de la Palabra de Cruz y la formulación de una theologia crucis en una praxis de solidaridad y construcción de la justicia junto a nuestro pueblo crucificado* – así como lo hacía el propio Lutero en 1520/1521 en su costoso seguimiento del Crucificado.

El autor
Daniel Carlos Beros es Pastor de la Iglesia Evangélica del Río de la Plata (IERP) y Doctor en Teología por la Universidad de Erlangen-Nuremberg / Alemania. Se desempeña como Profesor Adjunto en el Departamento de Teología Sistemática del I.U. ISEDET.

Fecha de recepción: 24.4.2011 Fecha de aceptación: 13.5.2011

[26] "…Pues nadie sirve a Dios, sino el que lo acepta como Dios, permitiéndole realizar su obra en él…", Ibíd., p. 428.
[27] Ibíd., p. 380.
[28] "…Es necesario que no sólo pienses y hables de la humillación, sino que entres en ella y estés metido en ella. Debes estar privado de la ayuda de todos, para que sólo Dios pueda obrar; o por lo menos desearlo, y no eludirlo, si en los hechos no sucede así. Para eso somos cristianos y tenemos el evangelio – a fin de que por ello lleguemos a sufrir necesidad y humillación, y que de este modo también realice su obra en nosotros…", Ibíd., p. 426.
[29] Ibíd., p. 380.